



Escuchamos al Señor Hablamos con el Señor

14 marzo

Judas: ansia de grandeza e incapaz de perdón

Vamos a escuchar tranquilamente algunos textos que hablan de Judas en el Evangelio de S. Mateo

“Entonces uno de los Doce, llamado Judas Iscariote, fue a los sumos sacerdotes y les propuso: «¿Qué estáis dispuestos a darme si os lo entrego?». Ellos se ajustaron con él en treinta monedas de plata. 16 Y desde entonces andaba buscando ocasión propicia para entregarlo. (Mt 26, 14-16)...

Al atardecer se puso a la mesa con los Doce. Mientras comían dijo: «En verdad os digo que uno de vosotros me va a entregar» (Mt 26: 20s)...

Todavía estaba hablando, cuando apareció Judas, uno de los Doce, acompañado de un tropel de gente, con espadas y palos, enviado por los sumos sacerdotes y los ancianos del pueblo. El traidor les había dado esta contraseña: «Al que yo bese, ese es: prendedlo». Después se acercó a Jesús y le dijo: «¡Salve, Maestro!». Y lo besó. Pero Jesús le contestó: «Amigo, ¿a qué vienes?». Entonces se acercaron a Jesús y le echaron mano y lo prendieron” (Mt 26, 47-50)...

“Entonces Judas, el traidor, viendo que lo habían condenado, se arrepintió y devolvió las treinta monedas de plata a los sumos sacerdotes y ancianos diciendo: «He pecado, entregando sangre inocente». Pero ellos dijeron: «¿A nosotros qué? ¡Allá tú!». Él, arrojando las monedas de plata en el templo, se marchó; y fue y se ahorcó. Los sacerdotes, recogiendo las monedas de plata, dijeron: «No es lícito echarlas en el arca de las ofrendas porque son precio de sangre». Y, después de discutirlo, compraron con ellas el Campo del Alfarero para cementerio de forasteros. Por eso aquel campo se llama todavía «Campo de Sangre». Así se cumplió lo dicho por medio del profeta Jeremías: «Y tomaron las treinta monedas de plata, el precio de uno que fue tasado, según la tasa de los hijos de Israel, 10 y pagaron con ellas el Campo del Alfarero, como me lo había ordenado el Señor.» (Mt 27, 3-10)

¿Quién es Judas?

Con una mirada sencilla y sobre la base de los fragmentos citados, intentaremos dar una respuesta.

Judas es un hombre que une mezquindad y nostalgia de grandeza.

La mezquindad se manifiesta a propósito del dinero: parece absolutamente insignificante que en un hecho tan trágico (la denuncia de una persona para juzgarlo) pensar en una ganancia, y, sin embargo, cuando alguien es mezquino, la inmoralidad aflora incluso en las situaciones más dramáticas.

Judas tiene también nostalgias de grandeza: su muerte es «grande» en cierto modo, quiere ser una tragedia vivida en sí misma, frente a todos.

Probablemente se siente decepcionado por Jesús. No podemos pensar que Jesús, ya desde el comienzo, hubiera elegido tan mal que no se diera cuenta de que aquel hombre no tenía ningún interés por él. Probablemente era un apóstol lleno de deseos, entusiasta, comprometido, pero, pasado un tiempo, se sintió decepcionado de Dios: ¿por qué se manifiesta Dios así, por qué no interviene, por qué va este maestro de debilidad en debilidad? Esto no se puede aceptar, ¡Dios no está con él! Se siente decepcionado por el modo en que Dios se manifiesta en Jesús y por el modo en que Jesús manifiesta a Dios. Había depositado su esperanza en JESUS pensando en un futuro poder de renacimiento político y moral de la nación.

Jesús no es el líder que Judas esperaba y, si no lo es, mejor será lograr el propio sueño de grandeza poniéndose contra Jesús. En cualquier caso, Judas piensa en algo grande, no se aleja como los mediocres, decepcionado sin más; está resentido e irritado: si Jesús hace mal al pueblo, yo lo impediré y, si debe caer, mejor que caiga pronto, pensaría.

Decepcionado de sí mismo, se deja atraer por un espejismo de revancha, de resentimiento, que le arrolla de repente. Dice, en efecto: «He entregado sangre inocente»; significa que tenía a su mano la verdad, pero se había dejado arrastrar por la emotividad política, por el resentimiento personal, por la amargura y al mismo tiempo por la mezquindad de su propia pasión.

Cómo se comporta Jesús con Judas?

Admiremos en nuestra contemplación la vulnerabilidad de Dios en Jesús. Jesús se comporta como hace un hombre libre, leal, honesto, a saber: poniendo en guardia, hablando claro, intentando estremecer; pero no pone obstáculos, se ofrece a Judas, deja hacer. Debemos añadir algo más: Jesús facilita la tarea de Judas. Nos encontramos en el límite de lo paradójico.

Contamos al respecto con dos textos que nos hacen pensar. Uno, el más claro, es Jn 13,27: «*Lo que debes hacer, hazlo pronto*»; en cierto modo da permiso a Judas para que ponga en marcha el proceso. Es como si Jesús le dijera, con el lenguaje de la libertad: lleva a cabo todo lo que te parece justo, ve hasta el final de lo que te parece tu visión de Dios y de las cosas, obra con libertad y mira lo que viene detrás.

El otro texto, más misterioso, se encuentra en Mateo: la respuesta de Jesús al beso de Judas. Ya es significativo el hecho de que Jesús se deje prender al dirigirse al Monte de los Olivos, a un sitio que Judas conocía; si hubiera huido a Galilea, las cosas hubieran discurrido de manera diferente. Se tiene la impresión de que Jesús se abandona, se entrega, y responde al beso de Judas con una frase misteriosa: «*¡Amigo, para esto estás aquí!*» Jesús trata de un ponerlo frente a sus propias responsabilidades: «*¡Mira quién eres, mira lo que haces! Si quieres, hazlo, pero ¡jojo con lo que haces!*».

Que se deriva de la acción de Judas

Preguntémosnos, siguiendo el relato, qué es lo que se deriva del hecho de que Judas intente ejercer hasta el fondo su propia libertad, su propio resentimiento, su propia ansia de realizar algo grande, decepcionado por lo que no es Jesús.

De ahí deriva la desesperación de Judas: al ver cómo su sueño se le quiebra en las manos y es condenado un inocente, reconoce que todo ha sido un error.

Pero Judas no tiene capacidad de reconocer que JESUS también va a la muerte por su pescado. Jesus se ofrece por esa libertad equivocada de Judas. Y al no reconocer la muerte por nosotros Judas se desespera.

Al contrario Pedro que lo negó a JESÚS lloró su pecado porque llegó a comprender que Dios estaba a su favor, que aún en medio de nuestro pecado nos ama.

¿Quién es, pues, Judas?

¿Quién es el traidor? ¿Quién es el hombre trastornado, que abusa de su libertad hasta darse cuenta de que estaba completamente equivocado?

Soy yo, es cada uno de nosotros. Soy yo cada vez que decepcionado, amargado, en vez de reflexionar y hacer emerger los presupuestos erróneos de mi decepción, me hago una imagen falsa de Dios y de mí mismo. Para no admitirlo, me adhiero a cualquier espejismo de revancha, de venganza, y llego quién sabe dónde.

¿Quién es Jesús ante mí?

Es cada uno de mis hermanos víctima de mis venganzas, de mis revanchas, del falso uso de mi libertad. Este juego dramático entre Jesús y Judas, este malentendido sustancial de un hombre que, por no querer ver en sí mismo, se lanza contra los otros, continúa en nosotros, a nuestro alrededor y a nuestro lado.

Dios ya no nos envía a su Hijo directamente (recordemos la parábola de los viñadores homicidas); nos manda a nuestros hermanos, nos confía los unos a los otros. Pero nos deja en libertad. No nos impone a la fuerza el cuidado del hermano. Y es tremendo el pensamiento de que el uso de la libertad humana para con cualquier otro ser no tiene límites, cuando se pierde al “prójimo” se pierde a Dios.

Es la escena del juicio final

Así se realiza la escena del juicio: «¿Os habéis reconocido? ¿Qué uso habéis hecho de vuestra libertad recíproca? ¿Me habéis acogido? ¿Os habéis acogido? ¿O bien os habéis servido del otro, como hizo Judas con Jesús, como objeto de revancha, de venganza, como desahogo de vuestra sed decepcionada de ser alguien?».»

Es preciso razonar, evidentemente, no solo a nivel familiar, sino también a nivel social y político. La llamada de Jesús se dirige a las naciones, a todo grupo social, a todas las clases: «*¿Qué uso habéis hecho de vuestra fuerza, de vuestro poder, de las otras personas, de los otros grupos que os habían sido confiados?*».»

Lo que sucedió con Judas, para Juan, ya no es explicable psicológicamente. Ha caído bajo el dominio de otro: quien rompe la amistad con Jesús, quien se sacude de encima su «yugo ligero», no alcanza la libertad, no se hace libre, sino que, por el contrario, se convierte en esclavo de otros poderes. ¡Terrible es la esclavitud!

Y, sin embargo, la luz que se había proyectado desde Jesús en el alma de Judas no se oscureció completamente. Hay un primer paso hacia la conversión: «He pecado». Trata de salvar a Jesús y devuelve el dinero (cf. Mt 27,3ss). Todo lo puro y grande que había recibido de Jesús seguía grabado en su alma, no podía olvidarlo.

Pero ya no logra creer en el perdón que si conociera de verdad a Jesús y no estuviera “cegado”, Jesús le ofrece.